

MOGÁN

Un pueblo de ensueño



Por **Antonio Bascones**

Al final de la isla de Gran Canaria, allí donde los acantilados parecen terminar el perfil del entorno, vive un pueblo pequeño, encantador y olvidado de la vida agitada, con matices de colores y ensueños. Los turistas hormiguean por sus calles estrechas y floridas, paseando de un lugar a otro, recorriendo sin prisas y aspirando el perfume del ambien-

te. Caminan con sus máquinas de fotografías, con sus móviles en acción, tratando de guardar para el recuerdo este sitio que impregna ricos sentimientos. Los primeros pobladores fueron de la cultura bereber que procedían del norte de África y vivían de la agricultura, ganadería y pesca.

Al llegar, lo primero que se plantea al turista es el aparcamiento. Entrar en el centro significa tener un tiempo limitado para dejar el coche, por lo que lo más aconsejable es dejarlo en la periferia, donde hay lugares más amplios y quizás libres de pago. La distancia que se le plantea al visitante es poca, apenas unos cientos de metros, por lo que esta posibilidad es compartida por muchos de los que visitan el lugar.

Una parte del pueblo se caracteriza por el paseo que recorre la playa. Los que conocimos este lugar, ya hace más de cuarenta años, recordamos que no había una playa, de arena fina, como la que se nos presenta ahora. A lo largo de la misma multitud de restaurantes y co-

mercios jalonan su entorno, lo que hace que el lugar sea muy agradable.

Al otro lado del pueblo, está el antiguo dédalo de callejuelas y puentes que remedan una Venecia pequeña, con unas callejas estrechas y floridas, en la que los turistas se paran a immortalizar, con sus cámaras, el momento. La plazuela es un lugar cálido. Está rodeada de pequeños restaurantes.

En el contorno de este pequeño pueblo de pescadores se encuentran profundos barrancos como el de Veneguera y Mogán. Hay que diferenciar lo que es el pueblo de Mogán en la montaña, entre los barrancos y el puerto del mismo nombre, heredero del pueblo de pescadores que le dio origen. Es de resaltar el muelle deportivo. En mis años jóvenes, en alguna ocasión, tomé un barco en Puerto Rico y llegué a este lugar. Un paseo aconsejable por



Al otro lado del pueblo, está el antiguo dédalo de callejuelas y puentes que remedan una Venecia pequeña, con unas callejas estrechas y floridas, en la que los turistas se paran a immortalizar, con sus cámaras, el momento

la belleza y sentimientos que enmarca.

Las calles del casco antiguo nos presentan la iglesia de san Antonio de Padua de 1814 con su precioso artesanado de madera. Paseamos lentamente, dejando que el tiempo resbale por nuestra mente y que la brisa marinera acaricie nuestra piel. Más lejos, ya cerca del pueblo de Mogán, hay un gran molino de viento de unos siete metros de altura, que en otros tiempos abasteció de harina y gofio a toda la región.

Sentado en una terraza, observando a la gente pasear sin prisa, rememoro mis anteriores visitas. Creo, sin ánimo de exageración, que con esta ocasión son más de veinte las veces que he visitado este lugar. La primera vez, mis hijos eran muy pequeños, hace cuarenta años, el puerto era diferente en cuanto a la parte de la playa y sus comercios y restaurantes, pero las callejas, los puentecitos y las pequeñas plazuelas eran las mismas. No se diferenciaban en nada. Los colores blancos y verdes, alternados de las casas eran de la misma belleza.

Aconsejo que una vez en la vida, al menos, se visite este pequeño puerto.

FOTOS: ANTONIO BASCONES

Antonio Bascones es Catedrático de la UCM, Académico Numerario de la Real Academia de Doctores de España y Académico correspondiente de la Academia Nacional de Medicina.

